

Caminos hacia el desarrollo

Anwar Shaikh

I. Introducción

El debate acerca del mejor camino hacia el desarrollo es tan antiguo como el capitalismo mismo, existe desde la época en que Inglaterra era el centro y América del Norte, la periferia. La frase oficial difundida por los libre-mercaderistas que han llegado a dominar la teoría económica ha sido “*dejar que el mercado haga su magia*”: *laissez faire*, o ‘dejar hacer’, minimizar el Estado, adaptar el modo de pensar, tener fe en el esperado milagro.

El catecismo comienza con la formación típica en economía, cuya finalidad es inculcar el compromiso reflexivo con una visión celestial del capitalismo: conocimiento infinito, elección hiperracional, competencia perfecta, resultados óptimos, equilibrio general, la empresa como servidora, el consumidor como rey, el pleno empleo como algo automático y el uso óptimo de todos los recursos como algo que se da por sentado. La matemática, que tiene sus usos propios, se convierte aquí en lenguaje litúrgico, el latín de la Misa Solemne. Todo es de lo mejor en éste, que es el mejor de todos los mundos posibles, este mundo de irrealismo mágico.

La realidad siempre ha sido diferente. Para empe-

zar, el desarrollo exitoso ha ido de la mano del proteccionismo comercial y la intervención del Estado. En los siglos XIV y XV, Gran Bretaña impulsó sus productos manufacturados de lana gravando las exportaciones de lana sin procesar hacia sus competidores y arrebatándoles sus trabajadores. Desde principios del siglo XVIII hasta mediados del XIX utilizó políticas comerciales e industriales para proteger sus industrias, hasta que su propia ventaja competitiva fue lo suficientemente sólida como para comenzar a abogar por el libre comercio en todo el mundo. Fue imposible engañar a la competencia de Gran Bretaña en los Estados Unidos: “los estadounidenses sabían perfectamente cómo era el juego. Sabían que Gran Bretaña había alcanzado la cima a través del proteccionismo y los subsidios y, por lo tanto, ellos tenían que hacer lo mismo si querían llegar a algún lado (...). En tono de crítica hacia los británicos que daban sermones a su país acerca del libre comercio, Ulysses Grant, el héroe de la Guerra Civil y Presidente de los Estados Unidos entre 1868 y 1876, replicó que ‘*dentro de 200 años, cuando Estados Unidos haya dejado de proteger todo lo que puede ofrecer, también adoptará el libre comercio*’” (Chang, 2002b). Y precisamente eso es lo que ocurrió en el siglo veinte. De manera similar, otras naciones como los Países Bajos y Suiza recién adoptaron el mantra

del libre comercio a fines del siglo XVIII, una vez que llegaron a ser competidores líderes en el mercado mundial. Y, por supuesto, sabemos que el desarrollo de Occidente estuvo acompañado de colonizaciones, fuerza bruta, saqueos, esclavitud, matanza masiva de pueblos indígenas y destrucción deliberada del sustento de los posibles competidores (Milanovic 2003, 5-6). Así es la globalización y el desarrollo tal como ha acontecido bajo el dominio de los ricos.

Sabemos que el posterior desarrollo de Japón, Corea del Sur y Taiwán también “llegó de la mano de políticas comerciales muy selectivas” (Rodrik, 2001, 12). Más recientemente, China e India han demostrado que el desarrollo se puede acelerar mediante las acciones dirigidas del Estado. De hecho, incluso en el mismísimo mundo desarrollado, el Estado sigue jugando un papel preponderante para apoyar la innovación y dar forma al comercio internacional (Mazzucato, 2013).

¿Cómo deberíamos incorporar esa realidad en la teoría económica estándar? La manera más segura es modificar la teoría en el margen, en la mayoría de los casos mediante la incorporación de “imperfecciones” de diversos tipos. Por ejemplo, los analistas de la microeconomía y los defensores de la teoría de juegos hace poco “descubrieron” (sí, ¡descubrieron!) que las personas no siempre se comportan tal como se describe en los libros, mientras que los macroeconomistas han llegado a admitir que la información puede no siempre ser simétrica, las expectativas pueden no ser siempre racionales, el dinero y el crédito no siempre son secundarios, y así sucesivamente. Si bien estas modificaciones tienen por objetivo dar cabida a algunos aspectos (ocasionales) de la realidad, en verdad sirven para mantenernos atados al credo de la economía ortodoxa: las imperfecciones siempre requieren de perfecciones como punto de partida.

La economía poskeynesiana, en su forma kaleckiana, va un paso más allá al representar la conducta del consumo como respuesta automática de los ingresos (la función del gasto en consumo) y sustituir el poder del monopolio con la competencia (perfecta) entre las empresas. En este último caso, las firmas establecen los precios a través de márgenes de ganancia sobre los costos determinados por los monopolios. De ahí que la demanda solo afecte las cantidades y no los

precios relativos, y la demanda agregada determine la producción agregada y el empleo. Estos aspectos atraen particularmente a la izquierda, porque en los regímenes modernos de dinero fiduciario se supone que es el Estado el que puede crear el nivel de poder adquisitivo que necesita para generar pleno empleo efectivo.

El debate acerca del mejor camino hacia el desarrollo es tan antiguo como el capitalismo mismo. La frase oficial difundida por los libre-mercadistas que han llegado a dominar la teoría económica ha sido “dejar que el mercado haga su magia”: laissez faire, o ‘dejar hacer’, minimizar el Estado, adaptar el modo de pensar, tener fe en el esperado milagro.

Dentro de este marco teórico, en una economía cerrada los precios comienzan a subir a medida que se alcanza el pleno empleo, de modo que se debe reducir el estímulo a un nivel de empleo que guarde coherencia con un nivel de inflación tolerable (el viejo dilema de la curva de Phillips). En una economía abierta, un déficit comercial inducido puede obstruir la expansión, incluso antes de que eso ocurra (a medida que se amplía la producción, también lo hace la demanda interna de importaciones); y al mismo tiempo, a medida que los precios de las exportaciones aumentan frente a la inflación interna, puede caer la demanda extranjera de exportaciones. Por tanto, las políticas de pleno empleo pueden dar lugar a un déficit comercial (el antiguo problema de las elasticidades) que conduce a la insuficiencia del tipo de cambio, lo que forzará al Estado a reducir su estímulo mucho antes de llegar al nivel de pleno empleo. De manera alternativa, si se sostiene el crecimiento a través de endeudamiento externo, aumenta la deuda externa y los pagos de intereses hasta que en algún punto hay que pagar los platos rotos, se debe frenar el crecimiento y el estímulo abre paso a la austeridad.

Otra complicación de los modelos poskeynesianos es que la reducción del desempleo puede dar origen a un aumento en la participación de los salarios y,

por ende, una disminución en la participación de las ganancias. Por el lado del consumo, se supone que tiene un efecto neto positivo sobre la demanda de consumo total, porque los trabajadores tienden a gastar una mayor proporción de cualquier cambio en sus ingresos (Propensión Marginal al Consumo o PMC) en comparación con las empresas y los propietarios de inmuebles, de manera que el aumento del consumo de los trabajadores es mayor que la caída del consumo en los propietarios de inmuebles. No obstante, el mayor costo de los salarios puede ser perjudicial para la competitividad internacional, lo que reduce la demanda de exportaciones, y también puede disminuir la tasa de ganancia a nivel interno, que a su vez redundaría en una merma en la demanda de inversiones. Si el efecto general sobre el nivel de la demanda agregada (consumo, exportaciones e inversiones) es positivo, se denomina régimen de demanda impulsada por los salarios; en el caso contrario, se trata de un régimen de demanda impulsada por las ganancias.

El catecismo comienza con la formación típica en economía, cuya finalidad es inculcar el compromiso reflexivo con una visión celestial del capitalismo: conocimiento infinito, elección hiperracional, competencia perfecta, resultados óptimos, equilibrio general, la empresa como servidora, el consumidor como rey, el pleno empleo como algo automático y el uso óptimo de todos los recursos como algo que se da por sentado.

Por último, de manera similar incluso en el primer caso, el crecimiento de capital es indeterminado, porque la mayor demanda agregada intensifica la utilización de la capacidad y estimula el crecimiento, pero una menor tasa de ganancia tiende a desalentar las inversiones y, por ende, debilita el crecimiento. Las estimaciones econométricas terminan siendo muy sensibles a los detalles de sus especificaciones, de modo que no resulta sorprendente que no haya un consenso acerca de qué régimen (si lo hubiese) caracteriza a un determinado país en un momento dado (Blecker, 2016, págs. 374 a 379).

El nuevo desarrollismo conserva la estructura básica

de la macroeconomía poskeynesiana, si bien rechaza el recurso de los déficits fiscales persistentes como forma de “populismo fiscal” y se opone al reclamo del “populismo cambiario”, que pregona que los déficits persistentes de cuenta corriente son una fuente de ahorro externo. Sin embargo, a nivel micro, el nuevo desarrollismo sustituye el foco que pone el poskeynesianismo en el poder de los monopolios por uno clásico que se vuelca a la competencia. Vuelve a la noción de que el precio regulador del mercado (precio de producción) de un producto en un país específico está determinado por el costo unitario del producto, más un margen de ganancia competitivo que surge de la igualación de las tasas de ganancia.

A nivel internacional, se entiende que esto implica que el “valor de las divisas es, sencillamente, aquél que cubre el costo más una ganancia razonable que tienen las compañías que participan en operaciones de comercio exterior. El valor, a su vez, depende de las variaciones del costo laboral unitario comparativo del país”. Como tal, esta tasa de cambio competitiva es por lo general diferente de la “tasa de cambio de equilibrio” que supuestamente balancea la cuenta corriente. Además, “en términos de dinamismo, el ingreso del capital necesario para financiar el déficit también genera una apreciación de la moneda nacional”.

Se proponen entonces cinco políticas clave: mantener las tasas de interés en un nivel neutral uno o dos puntos por encima de la tasa internacional; convencer a las empresas para que utilicen la mejor tecnología disponible de modo que la productividad interna sea elevada; sostener el crecimiento de los salarios a la par del aumento de la productividad, siempre que la tasa de ganancia permanezca en un nivel satisfactorio; mantener una baja tasa de inflación (supuestamente evitando acercarse mucho al límite poskeynesiano de pleno empleo); y mantener una tasa de cambio que “esencialmente nivele (...) la cancha para la industria manufacturera [nacional]” en el mercado mundial (Bresser-Pereira, 2017, págs. 5, 6, 9, 10 y 12).

Comparto los objetivos de desarrollo subyacentes en ambas escuelas. Mi propósito aquí es entablar un debate constructivo acerca de los argumentos teóricos subyacentes y sus implicancias para los resultados deseados.

II. Competencia y macrodinámica reales

Hay varias cuestiones teóricas en juego en los argumentos antes mencionados: en primer lugar, los factores determinantes de la balanza comercial y de la tasa de cambio real; en segundo lugar, aquéllos que determinan la demanda agregada; en tercer lugar, los que determinan el nivel de empleo; en cuarto lugar, los determinantes de la inflación; y en quinto lugar, las implicancias para las posibilidades y los límites de las políticas de estímulo.

Quiero argumentar a favor de un marco que ofrezca una alternativa sistemática a *ambos* enfoques, el neoclásico y el poskeynesiano, que brinde diferentes respuestas a estas preguntas fundamentales, que guarde coherencia con las pruebas empíricas y que genere implicancias distintivas para las políticas. Todo esto sin depender *en ninguna instancia* de una elección racional y una competencia perfecta, o de las supuestas imperfecciones que son su contrapartida. El marco que propongo deriva de las obras de cuatro grandes economistas: Smith, Ricardo, Marx y Keynes. Cada uno de ellos desarrolló sus ideas a partir de un riguroso estudio de la historia y la operatoria del capitalismo actual. Cuando expreso “deriva de”, lo que quiero decir es que todas las obras comparten características importantes a partir de las cuales se puede construir una senda sistemática hacia los patrones estructurales del capitalismo. Pido disculpas en forma anticipada por la brevedad de los argumentos que siguen, ya que son tan solo esbozos sucintos del material que se encuentra resumido con mucho detalle en otros trabajos (Shaikh, 2016)¹.

Regulación turbulenta

El punto de partida del enfoque alternativo consiste en el reconocimiento de que el capitalismo es un sistema dinámico, que evoluciona y se expande, cuyos equilibrios ocurren únicamente a través de la sobreacción (*overshooting*) y la subreacción (*undershooting*). Oferta y demanda, producción y capacidad, arbitraje entre salarios y tasa de ganancia, el crecimiento a través de los ciclos, burbujas y colapsos financieros, ondas largas y depresiones recurrentes son todos ejemplos de la modalidad

turbulenta del capitalismo y la recurrencia de sus patrones característicos. Los equilibrios son centros gravitacionales en movimiento que operan a través de fluctuaciones perpetuas. El equilibrio jamás es un estado alcanzado, porque el orden del sistema sólo se logra a través del desorden. Todo esto es lo que reflejan los datos. Por lo tanto, las representaciones de patrones micro y macro deben utilizar las herramientas conceptuales, matemáticas y econométricas apropiadas para su dinámica estocástica no lineal. Ni el equilibrio estático ni el crecimiento equilibrado deberían tratarse como verdaderos estados (Shaikh, 2016, caps. 2 y 3).

Los estadounidenses sabían perfectamente cómo era el juego. Sabían que Gran Bretaña había alcanzado la cima a través del proteccionismo y los subsidios y, por lo tanto, ellos tenían que hacer lo mismo si querían llegar a algún lado.

Competencia real

La competencia real difiere de la competencia perfecta tanto como la guerra respecto del ballet. La teoría de la competencia real brinda una explicación sobre el hallazgo de Kalecki acerca de los precios y las ganancias en las industrias. Asimismo, ofrece una base natural para la propia teoría de la demanda efectiva de Keynes que, según él insistía, tenía su fundamento en la competencia. Mucho de lo que la economía poskeynesiana ve como competencia no perfecta (“imperfecta”) se puede deducir como resultados necesarios de la competencia real. Las empresas *fijan* los precios con el objetivo de vender más barato que la competencia, y la ventaja de la supervivencia se la llevan las compañías que tienen menores costos. Por ende, las empresas se ven impulsadas despiadadamente a recortar sus costos, buscar recursos más económicos, reducir los salarios y desarrollar tecnologías tendientes a disminuir los costos. Los ganadores crecen y los perdedores se rinden o mueren; precisamente de eso se trata. Las luchas entre el capital y los trabajadores con respecto a la duración, intensidad y pago de la jornada laboral,

la movilidad del capital a regiones nacionales e internacionales más baratas, la depredación del medio ambiente y el impulso inagotable hacia el cambio tecnológico se encuentran todos arraigados en los imperativos de la competencia real.

Otras naciones como los Países Bajos y Suiza recién adoptaron el mantra del libre comercio a fines del siglo XVIII, una vez que llegaron a ser competidores líderes en el mercado mundial. Y, por supuesto, sabemos que el desarrollo de Occidente estuvo acompañado de colonizaciones, fuerza bruta, saqueos, esclavitud, matanza masiva de pueblos indígenas y destrucción deliberada del sustento de los posibles competidores.

A nivel microeconómico, las empresas siguen invirtiendo únicamente si el retorno esperado sobre las inversiones supera el rendimiento seguro que ofrece la tasa de interés; es decir, solo si la tasa de retorno *neta* que se espera sobre las inversiones es positiva. Esta misma tasa neta es la que motiva el flujo de capitales entre las industrias, que es la base de la igualación turbulenta de las tasas de retorno sobre las inversiones en la industria en torno a una tasa promedio en toda la economía. Esto significa que los verdaderos precios del mercado están regulados por aquéllos que reflejan la tasa de retorno sobre las inversiones nuevas en toda la economía, como se puede demostrar a nivel empírico (Shaikh, 2016, caps. 7 y 8).

El comercio internacional y la tasa de cambio real

De manera comparable, la *tasa de cambio real*, que es sencillamente el precio internacional relativo de las exportaciones e importaciones expresado en una moneda común (términos de intercambio), está regulada por los correspondientes costos reales de producción de las exportaciones e importaciones (Shaikh, 1980). Además, como los costos relativos por lo general presentan tendencias, la tasa de cambio real no se mantiene inmóvil, por lo que en general, como se ha demostrado en repetidas ocasiones, no se verifica la paridad de poder adquisitivo (PPA). Otra implicancia

consiste en que los términos de intercambio de un país se desploman, es decir, su tasa de cambio real se deprecia, si sus costos reales disminuyen respecto de sus competidores. Es una consecuencia del éxito en la competencia internacional y no de las perversas elasticidades de las importaciones o el poder monopólico de sus socios comerciales. Por último, en un país donde se verifica una elevada tasa de inflación se observará una depreciación de la tasa de cambio nominal de manera casi proporcional para mantener la tasa de cambio real al nivel de los costos reales relativos, que cambian lentamente (Shaikh y Antonopoulos, 2012a; Shaikh, 2016, cap. 11, seccs. V y VI).

La teoría convencional se basa en el famoso argumento de los costos comparativos de Ricardo. Bajo un régimen de tasas de cambio fijas, un país con elevados costos de producción registraría un déficit comercial que conduciría a egresos monetarios para cubrir el exceso de importaciones respecto de las exportaciones. Ricardo se ciñe a la teoría de la cantidad del dinero, de modo que la disminución del stock de dinero en un país que registre un déficit comercial provocaría la caída de los precios internos y lo haría más competitivo en el escenario mundial. Lo contrario se aplicaría a un país con costos menores: el superávit comercial conduciría al ingreso de dinero, lo cual incrementaría el nivel de precios a escala nacional y lo haría menos competitivo a nivel internacional. Como estos procesos surgen de los desequilibrios comerciales, continuarían hasta que la actividad comercial alcance el equilibrio. Si la tasa de cambio nominal es fija, los movimientos en el nivel de los precios implican ajustes en la tasa de cambio *real* (términos de intercambio): en el país que registra un déficit se verifica una caída en la tasa de cambio real y aquél donde se registra un superávit experimenta la correspondiente suba hasta que la actividad comercial se equilibra en ambos casos. Si la tasa de cambio nominal es flexible, un país que presenta un déficit comercial persistente necesitará una suma neta de divisas para cubrir el exceso de importaciones con respecto a las exportaciones, lo cual elevaría el precio de la moneda extranjera en relación con la moneda nacional; es decir, se depreciaría la tasa de cambio nominal hasta que la actividad comercial encuentre un equilibrio. Se obtendría lo contrario en un país con

un superávit comercial, donde se supone que la tasa de cambio nominal se aprecia. No hay ningún efecto necesario sobre el nivel de los precios en ninguno de los dos casos. Por lo tanto, una vez más, la tasa de cambio real se deprecia *automáticamente* en el país que registra un déficit comercial y se aprecia en aquél que experimenta un superávit, hasta que la actividad comercial se equilibra en ambos casos (Shaikh, 2016, cap. 11, seccs. II a IV).

La teoría estándar presenta dos dificultades principales. En primer lugar, se olvida de que, si bien la devaluación de una moneda puede bajar el precio de venta relativo a nivel internacional de los productos exportables a *determinados* costos relativos, también aumenta los costos relativos de esos mismos productos al subir los precios de las importaciones y los productos que compiten con los importados. En la medida en que se mantengan los salarios reales, la devaluación también genera alzas en el precio de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, es posible que los costos comparativos, es decir, los precios de los productos exportables en relación con los de los mismos productos elaborados por competidores internacionales, no se modifiquen para nada, que disminuyan pero no lo suficiente como para cambiar la dirección del comercio, o incluso que aumenten (Shaikh, 2016, cap. 11, seccs. IV y V; Sraffa, 1960, caps. I y II). Por otro lado, si la devaluación de la moneda genera una caída en los salarios reales porque la mano de obra no puede mantenerse al nivel de la suba en los precios de consumo, la ventaja competitiva proviene del desplome de los salarios reales, para lo cual la devaluación fue simplemente el medio.

El segundo problema que plantea el enfoque convencional se refiere a que no es necesario que haya ninguna presión para que las tasas de cambio reales cambien ante la persistencia del desequilibrio comercial. Tal como señaló Marx (1967, cap. 34, pág. 551) y “redescubrió” Harrod (1957, caps. 4, 7 y 8), los flujos de dinero que los desequilibrios comerciales ponen en movimiento generan contraflujos que los sustentan. Los países con elevados costos tienden a registrar déficits comerciales y, por lo tanto, registran una salida de dinero que reducirá la liquidez nacional y por ende elevará las tasas de interés. Por otro lado, los países que tienen costos bajos registran excedentes

comerciales que generan un ingreso de dinero, lo cual a su vez aumenta la liquidez y disminuye las tasas de interés. Las diferencias resultantes en las tasas de interés producirán flujos de capital de corto plazo desde los países que tienen excedentes comerciales con menores tasas de interés hacia aquéllos que presentan déficits comerciales con altas tasas de interés. El resultado final es conocido: los países que tienen excedentes comerciales se convierten en exportadores de capital de corto plazo (prestamistas internacionales), mientras que aquéllos que presentan déficits comerciales se transforman en importadores de capital de corto plazo (deudores internacionales). Este argumento se extiende con facilidad a los flujos de capital de largo plazo. La balanza de pagos de un país es la suma de los flujos netos que ingresan en él: exportaciones menos importaciones (la balanza comercial), inversiones directas en el país por parte de extranjeros menos inversiones en el exterior por parte de agentes del país, y flujos de capital de corto plazo hacia el país, como compra de bonos privados o de empresas por parte de extranjeros, menos operaciones financieras similares realizadas en países del exterior por parte de agentes nacionales.

Si bien la devaluación de una moneda puede bajar el precio de venta relativo a nivel internacional de los productos exportables a determinados costos relativos, también aumenta los costos relativos de esos mismos productos al subir los precios de las importaciones y los productos que compiten con los importados.

Por lo tanto, si un país con un superávit comercial como China recibe también inversiones extranjeras directas (IED) netas, éstas complementan el ingreso de dinero proveniente del excedente comercial, impulsan una mayor liquidez y conducen a la correspondiente caída de la tasa de interés ajustada por el riesgo. Si un país que tiene un déficit comercial como los Estados Unidos fuese una fuente neta de IED, eso incrementaría la salida de dinero, el declive de la liquidez y el aumento de la tasa de interés ajustada por el riesgo. El resultado global sería un impulso

incluso mayor para el envío de capital de corto plazo desde el país que presenta superávit hacia aquél que tiene un déficit, todo ello a través de la operatoria del mismo libre comercio.

Los argumentos anteriores tienen implicancias directas para las proposiciones poskeynesianas y del nuevo desarrollismo. En primer lugar, si bien la dirección neta de la actividad comercial está determinada por las diferencias en los costos reales, el volumen del comercio exterior puede verse afectado a través del canal keynesiano por los niveles de producción y la propensión a importar que muestre cada país (Harrod, 1957, págs. 130 a 139; Shaikh, 2016, págs. 504 y 521). En consecuencia, el argumento poskeynesiano de que un crecimiento relativamente más rápido puede ser perjudicial para la balanza comercial puede ser cierto, pero es imposible que esto genere un déficit comercial, a menos que las tendencias de libre comercio se originen a partir de una actividad comercial equilibrada, que es exactamente la suposición convencional. Pero entonces, si se acepta el argumento convencional, el tipo de cambio real simplemente se depreciará y restablecerá el patrón comercial. Históricamente es evidente que eso no sucede. China es un excelente ejemplo del hecho de que un país con menores costos puede mantener un gran superávit comercial y al mismo tiempo una tasa de crecimiento más elevada.

Desde el punto de vista del nuevo desarrollismo, es cierto que un país puede evitar la inflación manteniendo sus déficits fiscales bajo control (este tema se amplía más adelante), que el “valor de la moneda extranjera es, sencillamente, aquél que cubre el costo *más una ganancia razonable* de las compañías que participan en operaciones de comercio exterior (...) [y que este] valor (...) depende de las variaciones del costo laboral unitario que en comparación tiene el país”, que esta tasa de cambio competitiva es en general diferente de la “tasa de cambio de equilibrio” que supuestamente equilibra la cuenta corriente, que un país puede mejorar su posición competitiva a nivel internacional mejorando su productividad a través del uso de tecnologías modernas, y que un país puede evitar un endeudamiento externo que lo debilite manteniendo las tasas de interés al nivel de las tasas internacionales. Pero si un país aún no es competitivo

a escala internacional, no puede “nivelar la cancha” ajustando su tasa de cambio nominal, a menos que sea un medio indirecto para reducir los salarios reales, algo contrario a los objetivos graduales de la teoría.

Las diferencias resultantes en las tasas de interés producirán flujos de capital de corto plazo desde los países que tienen excedentes comerciales con menores tasas de interés (se convierten en prestamistas internacionales) hacia aquéllos que presentan déficits comerciales con altas tasas de interés (deudores internacionales).

Por último, la observación del nuevo desarrollismo de que “en términos dinámicos, el ingreso del capital necesario para financiar el déficit también aprecia la moneda nacional” (Bresser-Pereira, 2017, pág. 12) no parece hacer ninguna distinción entre los flujos de capital normales generados por la actividad comercial y los de carácter extraordinario. Con respecto al argumento marxiano-harrodiano, la tasa de cambio real determinada por los costos en un país de costos elevados da lugar a un déficit comercial que generará ingresos de capital para cubrirlo. En este sentido, el ingreso de capitales generado *es el sostén* de la tasa de cambio real. Los Estados Unidos constituyen un excelente ejemplo de un país que presenta un gran déficit comercial sostenido por el ingreso de una abultada cantidad de capitales extranjeros. Pero el ingreso extraordinario de capital extranjero, como ocurría en los EE.UU. en los años ochenta, puede generar, durante un tiempo, un aumento de la tasa de cambio real por encima del nivel determinado por los costos y posteriormente hacer que descienda por debajo de ese nivel, antes que se recupere la tendencia determinada por los costos (Shaikh, 2016, Figura 11.4, págs. 530 a 531). Es a eso precisamente a lo que se refiere la igualación turbulenta.

Demanda efectiva agregada

En condiciones de competencia real, la motivación de las empresas individuales para invertir se encuentra en las tasas de retorno *netas* esperadas,

es decir, la diferencia entre las tasas de retorno y la tasa de interés. De allí surge que la inversión agregada también está impulsada por la diferencia entre la tasa de retorno esperada (la tasa de retorno reguladora de Marx, la eficiencia marginal del capital de Keynes) y la tasa de interés. Por lo tanto, la teoría de la competencia real ofrece una base natural para la teoría de la demanda efectiva. La rentabilidad esperada de las inversiones se encuentra regulada por la rentabilidad real de manera turbulenta. La última está determinada por la participación de los salarios y la intensidad de producción del capital, mientras que la tasa de interés está definida ya sea por las fuerzas del mercado o la política monetaria. En cualquiera de los dos casos, los cambios en las tasas de interés afectan la rentabilidad neta de manera directa (Shaikh, 2016, cap. 13, secc. III). Por último, es importante recordar que Keynes insistía en que su teoría de la demanda efectiva no se basaba en una competencia imperfecta, sino en una “competencia atomística” (Davidson, 2000, pág. 11; Leijonhufvud, 1967, pág. 403), y que incluso la formulación original de Kalecki de su propia teoría de la demanda efectiva se basaba en la noción de “libre competencia” (Kriesler, 2002, págs. 624 a 625). Por lo tanto, esta parte de mi trabajo busca ubicar la teoría de la demanda efectiva nuevamente en el lugar correcto. Volveré a referirme a las importantes implicancias de esta interpretación para las políticas.

El desarrollo se puede acelerar mediante las acciones dirigidas del Estado. De hecho, incluso en el mismísimo mundo desarrollado, el Estado sigue jugando un papel preponderante para apoyar la innovación y dar forma al comercio internacional.

Existen varias implicancias más. En el marco dinámico del keynesianismo clásico, la tasa de crecimiento de capital (el coeficiente de inversión agregada en relación con el stock de capital) es la que está regulada por la tasa de retorno neta a largo plazo y se ve afectada por el exceso de demanda y la utilización de la capacidad en plazos más cortos. En una escala logarítmica, la creciente producción se

puede representar como una línea ascendente, cuya pendiente es la tasa de crecimiento. De tal modo, si un estímulo keynesiano aumenta el nivel de producción sin afectar el crecimiento a largo plazo, esto implica un incremento en la tasa de crecimiento hasta que se alcanza el nuevo nivel de producción y empleo, tras lo cual el crecimiento vuelve a su tasa previa. Una vez que las cosas se apaciguan, las nuevas líneas que representan la trayectoria de la producción y el empleo serán paralelas a las antiguas, pero se encontrarán en niveles más elevados. *Este es el equivalente clásico del multiplicador keynesiano.*

Ahora consideremos el caso opuesto, en el cual la tasa de ganancia cae temporariamente antes de volver a su antiguo nivel. En ese caso, el crecimiento disminuye temporariamente, de modo que las líneas de trayectoria de la producción y el empleo descienden antes de terminar paralelas a las líneas anteriores. *Ceteris paribus*, el estímulo habrá elevado las líneas de la producción y el empleo, mientras que una caída temporaria en la tasa de ganancia habrá causado el descenso de las mismas líneas. Las dos posibilidades están vinculadas a través del efecto del desempleo reducido sobre la participación de los salarios. Un estímulo continuo incrementará los niveles y las tasas de crecimiento de la producción y el empleo, y al mismo tiempo restringirá el mercado laboral y aumentará los salarios reales. Luego, si los salarios reales crecen a un ritmo más acelerado que la productividad, la participación de los salarios aumenta, la tasa de ganancia se desploma y la tasa de crecimiento cae (Shaikh, 2016, cap. 13).

La persistencia del desempleo

El desempleo involuntario es una característica del capitalismo que se reproduce a sí misma. La teoría neoclásica sostiene que el pleno empleo es la situación normal. La teoría keynesiana y la poskeynesiana admiten que puede haber un nivel de desempleo persistente, pero sostienen que se puede eliminar implementando las políticas adecuadas. Yo argumentaría que existen bucles de retroalimentación intrínsecos que tienden a restablecer un nivel persistente de desempleo, a menos que se bloquee explícitamente (véase a continuación). Cuando por

cualquier motivo se restringe el mercado laboral, los salarios reales tienden a subir en relación con la productividad (por ejemplo, los costos laborales unitarios reales se incrementan), lo cual genera una caída en la rentabilidad con respecto a la tendencia inducida por los cambios en la intensidad de capital. El declive en la rentabilidad desacelera el crecimiento y, por ende, la demanda de trabajo. Al mismo tiempo, acelera el desplazamiento de la mano de obra reemplazada por máquinas, lo que desacelera aún más la demanda de trabajadores. Por último, los crecientes costos laborales unitarios aumentan los incentivos de los empleadores para hacer que un mayor número de trabajadores se sumen a la fuerza de trabajo (recurriendo a mujeres, niños y minorías excluidas) o sean importados de otros lados (por ejemplo, el vasto *pool* de trabajadores internacionales), lo cual acelera la oferta de mano de obra. En circunstancias normales, el resultado neto de estas respuestas del mercado es el restablecimiento de algún nivel de desempleo (Shaikh, 2016, cap. 14). Cabe destacar que esto no excluye una creciente participación de los salarios debido a la contracción del mercado laboral, ni tampoco una tasa de ganancia descendente a causa de los aumentos en la intensidad de capital (Shaikh, 2016, cap. 16).

El desempleo involuntario es una característica del capitalismo que se reproduce a sí misma. La teoría keynesiana y la poskeynesiana admiten que puede haber un nivel de desempleo persistente, pero sostienen que se puede eliminar implementando las políticas adecuadas.

Inflación

La economía neoclásica supone que el libre mercado genera automáticamente el pleno empleo de los trabajadores con un determinado salario real de equilibrio, en cuyo caso la inflación aparece cuando la oferta de dinero crece con más rapidez que la que requiere el crecimiento con pleno empleo. Desde esta perspectiva, si los sindicatos elevan el salario real de algunos trabajadores por encima de su nivel de

equilibrio, desplazan a otros del mercado laboral. Al mismo tiempo, las políticas del Estado de Bienestar, tales como el seguro de desempleo, salarios mínimos y ayuda de ingresos, generan un incentivo para que la gente evite trabajar. Por lo tanto, se dice que el desempleo existente en realidad representa el pleno empleo efectivo, una “tasa natural de empleo/desempleo” de origen social, típica de las economías capitalistas modernas (Friedman). En consecuencia, decimos que la inflación se da cuando las políticas de estímulo intentan, erróneamente, disminuir la tasa real de desempleo por debajo de la tasa natural. Por otro lado, los partidarios del poskeynesianismo insisten en que la denominada “tasa natural” representa en gran medida el desempleo involuntario que puede, y debería, eliminarse a través de la implementación de las políticas de estímulo apropiadas.

Si el sistema capitalista automáticamente vuelve a incorporar trabajadores del conjunto de desempleados cuando el número baja demasiado, la mano de obra no puede ser el obstáculo de largo plazo que restringe el crecimiento de la producción real.

Las políticas de estímulo fiscal elevan la producción nominal al generar más poder adquisitivo. Los economistas neoclásicos expresan que todo esto comprende la inflación, ya que el sistema por lo general se encuentra en el nivel de pleno empleo efectivo. Los keynesianos y poskeynesianos manifiestan que esto conduce a un mayor nivel de producción y empleo hasta un punto (cercano) al pleno empleo, mientras que la inflación únicamente surge después de ese punto. Lo llamativo es que ambas posturas asocian la inflación al pleno empleo efectivo. Pero si el sistema capitalista automáticamente vuelve a incorporar trabajadores del conjunto de desempleados cuando el número baja demasiado, la mano de obra no puede ser el obstáculo de largo plazo que restringe el crecimiento de la producción real. En este sentido, es importante recordar que Ricardo y von Neumann demostraron hace mucho tiempo que, aun cuando los trabajadores no constituyen un obstáculo, igualmente existe un límite superior (abstracto) que restringe

la tasa de crecimiento equilibrado del capital, es decir, la tasa que se obtendría tras reinvertir todo el excedente, por ejemplo, cuando la tasa de crecimiento de capital fuese equivalente a la tasa de ganancia. En consecuencia, la relación entre la tasa de crecimiento real y la tasa de ganancia es un índice de la utilización del potencial de crecimiento del sistema, el equivalente clásico a la tasa de utilización de la mano de obra (la tasa de empleo), en el cual se basan los argumentos tanto de la teoría neoclásica como de la keynesiana. Desde esta nueva perspectiva, el crecimiento de la demanda agregada *tracciona* el incremento de la producción nominal, mientras que la tensión de la tasa de utilización/crecimiento genera resistencia en el aumento de la producción real. La tasa de inflación es la diferencia entre las tasas de crecimiento de la producción nominal y real. Este enfoque permite explicar la inflación moderna en diversos lugares y diferentes épocas, así como el “enigma” del alza de la inflación a la par del aumento del desempleo en los años setenta en todo el mundo (Shaikh, 2016, cap. 15, seccs. IV a IX).

La tasa de inflación es la diferencia entre las tasas de crecimiento de la producción nominal y real.

Límites a las políticas de estímulo

De lo anterior se desprende que, si bien las políticas de estímulo pueden tener impactos positivos sobre la producción y el empleo, también pueden debilitar esos mismos efectos *si* traen a colación el tema de los límites de la rentabilidad neta. En los años treinta, Alemania eliminó el desempleo masivo a través de grandes déficits presupuestarios, al tiempo que ejercía un control directo sobre precios, salarios y tasa de interés. Los salarios reales se desplomaron, mientras que la productividad aumentó sustancialmente, de modo que entre 1931 y 1939 la participación de los salarios cayó y la tasa de ganancia se cuadruplicó. Durante la Segunda Guerra Mundial, los gastos del gobierno federal de los Estados Unidos se sextuplicaron, la deuda pública saltó del 50 % al 120 % en relación con el PIB, la producción nacional se disparó y se crearon 17 millones de puestos de trabajo nuevos para la

población civil. Aquí también se mantuvieron bajas las tasas de interés y se regularon los salarios y precios, de manera que los salarios reales crecieron mucho más lentamente que la productividad, la participación de los salarios cayó y se duplicaron las ganancias de las empresas después de deducir los impuestos. En ambos casos, el Estado pudo sofocar los bucles de retroalimentación normales entre los estímulos masivos y los incrementos en la participación de los salarios y la tasa de interés. En otras palabras, pudo evitar que disminuyera la tasa neta de retorno sobre las inversiones.

En los Estados Unidos, desde 1982 hasta 2007, la participación de los salarios descendió, la tasa de ganancia se estabilizó, las tasas de interés bajaron a más de la mitad, de manera que la tasa neta de ganancia trepó sustancialmente y el desempleo se desplomó de casi un 10 % a un 4,6 %. Pero la desigualdad también experimentó un espectacular aumento, las actividades financieras se desregularon y se volcó el capital financiero hacia todo el mundo. La consecuente burbuja financiera y especuladora explotó finalmente en 2008.

La situación fue muy distinta en la primera mitad de la era de la posguerra, desde 1947 hasta 1980: las políticas de estímulo fueron modestas y los precios, los salarios, la productividad y las tasas de interés quedaron al albedrío de las fuerzas del mercado. Sin embargo, a pesar de los estímulos modestos, los salarios reales aumentaron más rápido que la productividad, las participaciones de los salarios se elevaron y las tasas de ganancia descendieron. Al mismo tiempo, las tasas de interés también crecieron, de modo que las tasas netas de ganancia se redujeron incluso más rápido. El desempleo subió poco a poco y cada uno de los sucesivos estímulos keynesianos terminó por elevar la tasa de inflación. El estancamiento con inflación, es decir la *estanflación*, se convirtió en la nueva norma en el mismísimo corazón del capitalismo avanzado. La posterior reacción neoliberal revirtió estas tendencias. En los Estados Unidos, desde 1982

hasta 2007, la participación de los salarios descendió, la tasa de ganancia se estabilizó, las tasas de interés bajaron a más de la mitad, de manera que la tasa *neta* de ganancia trepó sustancialmente y el desempleo se desplomó de casi un 10% a un 4,6%. Pero la desigualdad también experimentó un espectacular aumento, las actividades financieras se desregularon y se volcó el capital financiero hacia todo el mundo. La consecuente burbuja financiera y especuladora explotó finalmente en 2008 (Shaikh, 2016, cap. 16).

La contención de la participación de los salarios, en donde la productividad crece más rápido que los salarios reales, es uno de los secretos para que el desarrollo capitalista sea exitoso.

Argumentaría que la misma dinámica opera en el mundo en desarrollo. En Brasil, tanto el primer gobierno de Lula como el segundo (2003-2010) se centraron en la expansión del consumo masivo, proporcionando ingresos adicionales a las familias de trabajadores que antes habían estado excluidas, y también en el aumento de las inversiones en infraestructura, públicas y privadas. La política fiscal se utilizó para financiar las transferencias de naturaleza social, los aumentos del salario mínimo y los mayores gastos en vivienda, infraestructura, salud y educación. Al mismo tiempo, se amplió el crédito “a través del banco de desarrollo (BNDES), que financió un creciente volumen de inversiones privadas a tasas de interés subsidiadas, y de bancos comerciales públicos (Caixa Econômica Federal y Banco do Brasil), que aumentaron la oferta de crédito para la vivienda y la agricultura, y además ofrecieron un volumen cada vez mayor de crédito al consumo”. La pobreza disminuyó, se redujo la inequidad en los ingresos, cayó el desempleo y el crecimiento se mantuvo, en promedio, en un robusto 4%. Incluso tras la crisis global de 2008, el Gobierno pudo generar una recuperación relativamente rápida

mediante la expansión “de las inversiones públicas, las políticas crediticias y el mantenimiento paralelo de los programas sociales”. Pero durante este período de prosperidad que va de 2003 a 2010, la participación de los salarios subió y se apreció la tasa de cambio real. Durante los tres años siguientes, es decir, desde 2011 hasta 2014, la tasa de crecimiento descendió a la mitad (2,14%) y en 2015 pasó bruscamente a ser negativa (-3,8%), mientras que la tasa de cambio real se depreció en un 45% frente a la crisis y las regulaciones impuestas (Carvalho y Rugitsky, 2015, págs. 4, 14 a 15).

¿Qué fue lo que ocurrió y generó este cambio de dirección? Desde una perspectiva poskeynesiana, la mayor participación de los salarios por lo general es el sostén del *boom* impulsado por los sueldos debido a sus efectos positivos sobre la demanda de consumo. Al mismo tiempo, los mayores costos salariales podrían reducir la demanda de exportaciones y, a través de una tasa de ganancia menor, podrían debilitar la demanda de inversiones. Por lo tanto, es posible que en algún punto la demanda total se desacelere o que incluso se reduzca (Carvalho y Rugitsky, 2015, pág. 15). Aquí es importante destacar dos cosas sobre el argumento poskeynesiano: primero, que la creciente participación de los salarios es el factor crítico, y segundo, que el crecimiento impulsado por los salarios y el generado por las ganancias son posibilidades alternativas. Por el contrario, dentro del marco keynesiano clásico, una mayor participación de los salarios genera una disminución en la tasa de ganancia que necesariamente conduce a un declive económico. En otras palabras, la contención de la participación de los salarios, en donde la productividad crece más rápido que los salarios reales, es uno de los secretos para que el desarrollo capitalista sea exitoso.

Espero que las evidencias históricas y los argumentos teóricos presentados aquí persuadan al menos a algunos lectores para que tengan en cuenta el enfoque del keynesianismo clásico como punto de partida viable. □

Notas

1. En mi libro *Capitalism: Competition, Conflict, Crises* (Shaikh, 2016) expongo el contenido teórico y empírico del marco que propongo. Cubre los patrones económicos a largo plazo, la conducta de consumidores y productores, la teoría e historia del dinero, las teorías del capital y la ganancia, la teoría y las evidencias de la competencia real y de la competencia perfecta e imperfecta, y las aplicaciones de la competencia real a la explicación de precios relativos, tasas de interés, competencia internacional y tasas de cambio. Luego, pasa a la historia y estructura de diversas escuelas de macroeconomía moderna antes de demostrar que la inquietud clásica acerca de la rentabilidad ofrece una base natural para el énfasis que Keynes pone en la autonomía relativa de la demanda efectiva, al tiempo que explica sus riesgos y límites. A continuación sigue el análisis de salarios y desempleo, dinero moderno e inflación, la recurrencia de patrones de ondas largas y crisis y, finalmente, el análisis de la desigualdad y el desarrollo y subdesarrollo mundial. En cada capítulo se presenta un argumento principal, se lo contrapone a los equivalentes neoclásicos, keynesianos y poskeynesianos, y se compara todo con pruebas empíricas. Se ofrecen videos de conferencias sobre diversos aspectos de los argumentos, todas las críticas del libro publicadas y todos los datos, junto con las fuentes y métodos, en la página del libro en internet: <http://realecon.org/>. Hay publicaciones actualizadas permanentemente que se encuentran disponibles en mi página principal: <http://www.anwarshaikhecon.org/index.php/all-publications>. La traducción del libro al idioma turco se lanzó en agosto de 2018, la traducción al chino está prevista para temporada de otoño septentrional de 2018 y se prevé que la versión en español esté lista a fines de 2018.

Referencias

- Blecker, R. A. (2016). Wage-led versus profit-led demand regimes: the long and the short of it. 4(4), 373. doi: <https://doi.org/10.4337/roke.2016.04.02>
- Bresser-Pereira, L. C. (2017). *The economics and the political economy of new-developmentalism* A Escola de Economia de São Paulo da Fundação Getulio Vargas (FGV/EESP). São Paulo.
- Carvalho, L., & Rugitsky, F. (2015). Growth and distribution in Brazil the 21st century: revisiting the wage-led versus profit-led debate. *Department of Economics, FEA-USP, Working Paper No. 2015-25*, 1-21.
- Davidson, P. (2000). There Are Major Differences between Kalecki's Theory of Employment and Keynes's General Theory of Employment Interest and Money. *Journal of Post Keynesian Economics*, 23(1), 3-25.
- Harrod, R. F. (1957). *International Economics* (Fourth Edition ed.). Chicago: University of Chicago Press.
- Kriesler, P. (2002). Was Kalecki an "Imperfectionist"? Davidson on Kalecki. *Journal of Post Keynesian Economics*, 24(4), 623-630.
- Leijonhufvud, A. (1967). Keynes and the Keynesians: A Suggested Interpretation. *The American Economic Review*, 57(2), 401-410.
- Marx, K. (1967). *Capital, Vol III*. New York: International Publishers.
- Mazzucato, M. (2013). *The Entrepreneurial State: Debunking Public vs. Private Myths in Risk and Innovation*. London: Anthem Press.
- Shaikh, A. (1980). The laws of international exchange. In E. J. Nell (Ed.), *Growth, Profits and Property: Essays in the Revival of Political Economy* (pp. 204-235): Cambridge University Press.
- Shaikh, A. (2016). *Capitalism: Competition, Conflict, Crises*. New York: Oxford University Press.
- Sraffa, P. (1960). *Production of Commodities by Means of Commodities*. Cambridge: Cambridge University Press.